

La Justicia y los Mercaderes

(1) Después de la ruda conmoción que acabamos de sufrir, el bajel que navegaba ayer sobre oleajes encrepados y al soplo de furiosas tormentas, ha echado el ancla e izado su bandera salvadora en el puerto de la ley; al serenarse la contienda, todos los hombres de labor, de esfuerzo y de trabajo, han proclamado el "hosanna" de la paz, cimentada en la libertad y en la justicia; a pesar de todas las chicanas plebeyas y todos los achamamientos morales, sin percatarse de las pequeñas renchillas y de las injusticias accidentales, los hombres de bien contemplan despejado el horizonte, y ven clarear la aurora de un nuevo sol. Los Poderes de México han quedado constituidos: Si saludamos ayer jubilosamente el integramiento más o menos contrahecho de la representación popular, si vimos con sana alegría la proclamación del nuevo Presidente Constitucional de la República, hoy, cuando el Poder Judicial queda constituido, no es extraño que, interpretando el sentimiento popular, sintamos un gran entusiasmo.

(1) Acababa de publicarse la noticia de escandalosas concesiones obtenidas por el licenciado Rafael Zubaran para la exportación de cueros de res, con exención de derechos fiscales y ya se anunciaba que el Poder Judicial se integraría por recomendados del propio Zubaran.

LA JUSTICIA.—Los mexicanos observan que, después de la elección popular en la Cámara, un grupo reducido y perverso, un grupo de viejos corrompidos por todas las prácticas antiguas, un grupo de caducos políticos que habían calentado las mismas curules que en aquella paternal y larga dictadura porfiriana, escupía sobre credenciales limpias, manchando con su repugnante vaho de prostituidos cortesanos muchos mandatos populares. Sintamos por ellos la piedad que deben inspirar los muertos y pensemos que, a pesar de eso y sobre todo eso, el anhelo de libertades flota en el ambiente.

De este anhelo, ha salido la Corte Suprema de Justicia. Esperamos que el alto Tribunal no lleve la carroña moribunda que ha emponzoñado y muerto nuestra antigua judicatura.

Sentimos el anhelo salvador de la justicia, aquí donde hemos visto a ras de tierra a tantos espíritus empequeñecidos por la ambición y el lucro, donde hemos visto surgir diputados de los carros de ferrocarril, diputados de la importación de canela, de la exportación de cueros, de la explotación de chicle, de la marina de cabotaje, de la concha perla, del petróleo, de las minas de carbón, de cobre, de plata, de oro; senadores del ganado vacuno o caballar; diputados del ganado porcino, diputados de la pesca, de las caídas de agua, de las concesiones del ferrocarril; aquí, donde hemos visto surgir diputados y senadores de todos los intereses; de todas las ambiciones, de todos los provechos, de todos los lucros, de todas las concupiscencias, de todas las sectas, de todos los partidos, pero no diputados de México de la gran República joven que, saliendo de la crisis de la pubertad

y todavía en la convalecencia, no tiene aún el vigor para sacudir con el látigo a los mercaderes del templo.

Nosotros, que combatimos en los días de más rudo peligro la reacción porfiriana, nosotros que fuimos abandonados del sufragio efectivo, nosotros que combatimos al militarismo en Porfirio Díaz, en Bernardo Reyes, en Francisco Villa, y que lo hemos seguido combatiendo en aquellos que creyeron ser, con la fuerza, los árbitros de México; nosotros que no hemos aplaudido a los poderosos sino cuando significaron esfuerzo y redención, nosotros que no hemos querido pertenecer al cortejo de caudillos grandes o pequeños; nosotros que, acertados o no, hemos defendido los preceptos de un gobierno democrático y civil, y no hacemos de la política sino una "carrera política"; sin puestos en el mercado, sin cargamento fenicio, esperamos la consolidación del gobierno, fiados en una recta y noble Administración de Justicia.

Si los que han entrado a las secciones ministeriales, dando tajos a diestra y siniestra con permisos y concesiones, con granjerías y aprovechamientos; si los que no han vacilado en obtener excepciones de derechos fiscales cuando, exhausto el Tesoro, ha menester de todas sus riquezas para que el país subsista; si estos mismos traficantes de todo y con todo van a llegar hasta la Corte Suprema de Justicia, para que los litigios de los cuantiosos bienes se resuelvan sin imparcialidad; si los jefes de todos esos bufetes profesionales van a seguir siendo en las Salas de la Corte los dueños y señores; si como ayer prostituyeron la dignidad del sufragio, prostituirán mañana la Administración de Justicia, había que sentir la agobiante angustia de que todavía no hemos ganado nada y que habrá aún que esperar pacientemente

te a que la escuela funde en las nuevas generaciones, virtudes de que carece la presente.

Los que hemos descubierto el velo de hipócritas maquinaciones, los que hemos hecho caer el antifaz a los tartufos que se erguían hablando de probidad en los públicos menesteres, con gesticulaciones airadas de la mano derecha, mientras extendían sigilosamente la izquierda hacia los permisos y las concesiones lucrativas; los que hemos crucificado en el Calvario no a Jesús sino a Dimas y a Gestas que, buenos o malos ladrones, para la desestimación pública son los mismos, lo hemos hecho, porque sabemos que la virtud es personal y la maldad es contagiosa y así, como un ingenio se amodorra entre pasguatos, al contagio mental de gentes corrompidas, la corrupción se extiende como la más peligrosa de las epidemias.

Critíquese el encepto más o menos exacto que nosotros tengamos de los hombres y de las leyes; que los políticos contiendan con los políticos, mientras la gran masa del pueblo decide y juzga definitivamente; pero que no se confundan el político con el comerciante.

¿Cómo hablar en la Cámara de tarifa de impuestos que han de regir para todos; cómo hablar en los sitios de la Representación Nacional, de contribución de derechos fiscales, si atrás de cada partida del presupuesto ha de esconderse cauteloso un traficante?

Pues bien: la Corte Suprema de Justicia necesita habitar en un palacio de cristal, cuyas transparentes paredes permitan a todos los ojos escrutar en el fondo de los negocios judiciales, para encontrar la Verdad. Los Magistrados de la Corte Suprema deben huir, con pavor,

de todo contacto con esas manos perturbadoras e infamantes que manchan todo lo que tocan.

Que la Corte Suprema de Justicia cierre sus puertas a todos los gnomos perversos que bailan danzas macabras y ridículas en el tablado de nuestra política y se entreguen a las faenas que la Constitución les señala, sereno el espíritu, tranquila la conciencia, el corazón en reposo, la mano firme y la voluntad invariable.

Que la Justicia desnuda subyugue por la castidad de su belleza suprema.

Infundadas Alarmas de los Pobres de Espíritu

No Aspiro a una Cartera

Un diario local, en edición de ayer, hace ataques al director de EL UNIVERSAL, por su supuesto nombramiento para la Secretaría de Comunicaciones.

Ha sido mi enérgico y firme propósito no medir mis armas, por modestas que ellas sean, con aquellos contrincantes desautorizados por indignos para alternar con las gentes serias.

Juzgo que, para la psicología de los lacayos, no es la pluma, noble instrumento de debate, de propaganda y de cultura, la que debe usarse, sino la ruda suela del calzado.

Pero sucede a veces, que de un coro de ladridos surge algún gruñido estridente, capaz de despertar en nos-

otros el deseo de utilizar, para información del público, algunos de nuestros puntos de vista.

Conocen mis lectores con qué ruda franqueza he sostenido siempre mis convicciones, y cuando los aduladores que habían hecho de este oficio su lucrativa carrera, ostentaban la defensa hipócrita de la Constitución de 57, censuraron mi actitud al señalar los defectos y las deficiencias de aquella Carta y al sostener antes que nadie la necesidad de urgentes e imprescindibles reformas.

Mi fe en la aptitud de Carranza para dominar las exaltaciones morbosas, para sujetar los desmedidos apetitos hasta lograr el establecimiento de un Gobierno Constitucional en México, hizo que algunos vociferadores me acusaran de servilismo.

Cuando separado de la Administración Pública para dedicarme a una labor política de personal responsabilidad, he combatido a poderosos elementos, lógicamente adheridos al Gobierno del señor Carranza, ha sido exponiéndome a todos los riesgos y a todas las consecuencias de mi libre acción.

Yo fui carrancista. Desde el 1o. de mayo el carrancismo dejó de existir. Don Venustiano Carranza, asumiendo legalmente la Presidencia de la República, dejó de ser un caudillo, para convertirse en el representante de la Nación Mexicana, que comprende a todos los ciudadanos del país, sean cuales fueren sus credos políticos.

Creí útil la labor de apoyar las elecciones en favor del señor Carranza, por el cual tengo profunda admiración. Ahora, mi situación de escritor para el público, mi plaza de periodista independiente, me da la singular ventaja de externar y defender las convicciones de una

orientación política que yo creo sensata y de cuyas equivocaciones solamente yo mismo debo responder.

En esta posición privilegiada, en un medio acostumbrado a la servidumbre y teniendo que alternar como director de periódico con gente de mala ralea, que a las mismas alturas ha llegado, aparentemente, puesto que no se llega sino a lo que se es, debo hacer guardar las distancias.

Los gacetilleros de ayer, y los ignaros de ayer, de hoy y de mañana, no tienen otro recurso que arrendarse, como los antiguos pajes-músicos, para escoltar a sus señores en sus aventuras, en tanto que nosotros queremos hacer del periodismo mexicano, un tarea dignificada por la virtud y, si el caso llega, por el sacrificio.

Es así como declaro, de una buena vez, para quitar la alarma a los pobres de espíritu, que ven diariamente en mí un peligro personal para sus granjerías y empleos, que no aspiro a ningún cargo oficial en la Administración del señor don Venustiano Carranza, quien no debe haber pensado en mí, demasiado inerme como civil y demasiado altivo en mi humildad, para colaboración administrativa de ninguna especie. Por mi parte, tampoco aceptaría, por ahora, el honor de ningún cargo político en la Administración actual.

¿Cómo pueden comprender esta actitud los que han hecho del periodismo un medio y no un fin?

¿Cómo van a explicarse mi actitud los ineptos, los cobardes o los desvengozados, si nosotros, para poder conservarnos en la posición de hombres libres, de ciudadanos independientes y de políticos de acción, no queremos contar sino con nuestras propias fuerzas, sumadas, eso sí, a las de todos aquellos elementos sanos de

la sociedad, a todas aquellas fuerzas conscientes de la Revolución que han visto en la bandera reivindicadora no un verde prado donde paecer como rebaños, sino un terreno árido y escabroso donde es preciso exponer todos los días, en singulares combates, la tranquilidad personal, los intereses particulares y hasta la misma vida?

Cada uno en su puesto.

La Presidencia no se Gana en Washington Sino en México

La Verdadera Yancofilia

El justo sentimiento popular se crea por la reiterada verificación de los hechos, la confirmación de verdades enunciadas y la demostración de las sinceras actitudes.

Desde que nos iniciamos en la vida pública, fue para dedicarnos al servicio de los intereses nacionales y en su defensa hemos expuesto muchas veces la vida, no con la aspiración gloriosa de imponer una espada triunfadora por encima de la sociedad para avasallarla, sino con el afán de que quedarán conquistados principios liberales para todos protectores.

En la defensa de ideales, creamos al lado del señor Carranza, en plena lucha, la Sección de Legislación Social que formuló las leyes revolucionarias y dió un día cuerpo a las reformas sugeridas por el Primer Jefe para el Constituyente de Querétaro; y allí en la memorable asamblea el equilibrio de los poderes, la libertad de prensa, las reformas agraria y obrera, la libertad de concien-

cia y la unión latino-americana, fueron altos principios democráticos defendidos por nosotros a despecho de ataques iracibles, de virulentas ofensas, de repugnantes provocaciones.

Defendimos allí la organización de un gobierno civil y la constitución del Ejército Nacional supeditado a las autoridades populares y al servicio de ellas, para alejar las viejas prácticas de los soldados violadores de la ley y tutores de los gobiernos, y desde la tribuna constituyente gritamos a voz en cuello y con el alma toda una protesta enérgica, un solemne juramento de morir antes que aceptar una enmienda Platt.

En las columnas de este periódico hemos batallado sin descanso por anhelos superiores, por ideales levantados y, desde el primer momento, combatimos a los Estados Unidos por no tomar participación inmediata en defensa de la soberanía de Bélgica, ultrajada por el ambicioso militarismo teutón; de no ocurrir a la ayuda de Francia y de hacerse sordos a las lamentaciones de Serbia; y cuando los Estados Unidos entraron a la guerra, no hemos vacilado en aplaudir su actitud, así como sin los gobiernos democráticos del mundo no ponerse abiertamente de parte de la defensa de los altos principios liberales que entraña la soberanía de los pueblos débiles.

Nuestra actitud en el conflicto internacional dió durante mucho tiempo pasto a nuestros adversarios en la política interior para disertar a diario, acusando de yancofilia al periódico que hemos venido inspirando. ¡Nada más absurdo, sin embargo!

No somos de los nacionalistas hipócritas que protestan contra el industrialismo americano, mientras

aprovechan todos los adelantos de sus fábricas; no somos de los que azuzan odio y rencores en tiempos de paz contra los que producen el maíz, para solicitar plañideramente al otro día el envío de maíz; aquí entendemos el nacionalismo, conservando para la Nación mexicana el derecho de discernir, en su casa, sus cuestiones domésticas; el derecho de resolver, por sí misma, sus cuestiones interiores; el derecho de escoger, ella sola, a sus altos mandatarios.

El valor cívico consiste en expresar con honradez las opiniones, lo mismo para aplaudir que para censurar. Por eso cuando se ha tratado de las cuestiones obreras, nosotros que hemos puesto a su servicio un contingente de estudio y dedicación y que en nuestra propia empresa hemos dado el ejemplo, acatando, antes que nadie, las reformas constitucionales, no tuvimos nunca el temor de señalar a nefastos agitadores que en México se llamaron Atl y en Veracruz Gracidás, como agentes de corrupción social y medradores, a pretexto de la reedificación obrera.

Del mismo modo en la guerra mundial hemos simpatizado con las tendencias de los países aliados y hemos celebrado el apoyo que los Estados Unidos del Norte les aportan con su enorme poderío, mientras los alemanes, para quienes todo es ganancia, no omiten esfuerzo que cree dificultades entre los gobiernos de México y Estados Unidos.

Pero ni en los intereses de este diario admitiremos nunca un peso YANKEE (los miserables a sueldo de Alemania en México, no entienden de estas cosas); y menos aún pondremos jamás nuestros ojos en los hombres de allende el Bravo, para la consecución del pro-

greso nacional, para la dirección de la política mexicana ni para la alta designación de sus mandatarios.

Ha llegado la oportunidad de declararlo: como periodistas no tenemos más liga que con el pueblo liberal mexicano, y como políticos, no hemos puesto nunca aspiraciones, sino en la conciencia de la nación mexicana.

Es por esta razón que a trueque de amarguras y adversidades, hemos sabido conservar la independencia de carácter necesaria para toda acción independiente y por eso, también, que si hemos hecho periodismo libre del Gobierno mexicano, con mayor razón nuestra pluma no se pondrá nunca al servicio, sino del pueblo mexicano.

Somos de los que no han querido conocer a Mister Lansing, y de los que nunca han aspirado a tratar a Mister Wilson; pero ni siquiera a Mister Fletcher.

La verdadera yancofilia está en aquellos que aquí vociferan por calles y plazas destemplanzas de lenguaje antiextranjero, para recorrer más tarde las antecámaras de los próceres mundiales.

¡Oh la abrumadora elocuencia de los hechos!

El Odio de las Orugas

(1) Hay algo que vive y persiste a través de las edades; hay un anhelo superior que, por encima de las generaciones, marcha sobre todos los obstáculos y se impone a todos los escollos; rompe murallas, taladra montañas, cruza océanos, y los siglos empequeñecidos van transcurriendo con el reservar plebeyo de hechos y acciones humanas, sin destruir, porque es indestructible, el ideal del mejoramiento social.

En las luchas por los principios abstractos y en la conquista de leyes morales, los intereses momentáneos de hombres o pueblos nada significan. Jesús, que predicó y practicó el Bien, murió un día a petición de seres vulgares movidos por bajos y groseros apetitos, mientras el representante de la Justicia se lavaba las manos.

Madero, apóstol de la democracia, fue aniquilado en la errónea creencia de que con él perecían los anhelos de libertad del pueblo mexicano. En tiempos de Huerta, un diputado ministerial, al ver que en la Cámara se obstruía la gestión del Usurpador y no se conseguía fácilmente el empréstito, ni se votaban pronto las leyes

(1) En la última sesión de la Cámara de Diputados, se lamentó un miembro del P. L. C. de no haber todavía asesinado a don Félix F. Palavicini.

fiscales, hizo esta amenaza terrible: "Hay elementos amigos del Gobierno, muchos, no uno, y aun ajenos a él, que cuando se apercibieran de las intenciones nefandas de algunos diputados, probablemente podrían cometer con ellos, no un atropello, porque eso no sería cometer un atropello, sino un acto de justicia." Algunos días después las balaz huertistas acribillaban a Rendón, moría Pastelín, caía Gurrión, desaparecía Belisario Domínguez; pero... el IDEAL no pereció y el crimen, cubriendo de baldón a sus autores, los sentenció a una eterna vergüenza. Estos eran los "actos de justicia" de los pretorianos.

El fanatismo es un estado patológico: los católicos quemando a los incrédulos, los puritanos desuartizando a los que no tenían su misma fe, Robespierre—hijo del pueblo—legislando como una divinidad; los jacobinos creyéndose poseedores de la Verdad y tratando de salvarla por el bien de todos, son equivocados, pero sublimes.

No pasa lo mismo con aquellos que en nuestras luchas políticas a cada revés sufrido por su incapacidad, a cada fracaso merecido por su ineptitud, a cada obstáculo puesto a sus apetitos, a sus concupiscencias, a sus glotonerías o a sus impacencias, cierran los ojos y, como los que sacrificaron a Madero, creen que solamente el asesinato, el crimen, puede salvarles su migaja de poder, su plato de lentejas, su curul, su cartera.

¡Triste espectáculo de seres inferiores!

Con una pesantez de caracoles se arrastran al pie de las pirámides; ellos no estarán nunca en las cimas y todo lo elevado los abruma; son nietálopes y todo brillo los ofusca; son gusanos y cuando el azar les convier-

te de orugas en mariposas, es para estrellarse ante la primer lumínaria.

La ineptitud es una ceguera perfecta; convierte a los hombres en irreflexivos y brutales; no les crea valor personal para arriesgarse individualmente en una empresa como Cyrano contra cien; no les da valor cívico para afrontar, como Zola, los movimientos equivocados de opinión; la ineptitud crea en estos seres un sentimiento de odio a lo que se destaca:

"Odio que la obscura escama
profesa a la pluma espléndida!
Inmundo rencor de oruga,
eterna y mezquina guerra
de todo lo que se arrastra
contra todo lo que vuela!"

Con el crimen nada se resuelve; la muerte alevosa o el asesinato vil, no producen más que oprobio a sus autores y gloria a las víctimas.

Los que luchan por el Bien sin restricciones y laboran por la felicidad del pueblo, sin ambición de lucro inmediato, sin recompensa material, son fuertes y valerosos, porque son eternos. Para combatirlos no hay más que un medio: igualarlos o superarlos.

Nos dirigimos a algunos diputados; a algunos representantes, no de la Nación, que en ella existen todas las tendencias y todos los intereses; sino a representantes de la Revolución, que a la Cámara han llegado pretendiendo ser portavoces y heraldos; sabedlo; si acaso la revolución de 1910-13 ha tenido crímenes, ellos no han sido necesarios, han sido estorbos y no medios. La obra

imperecedera de la revolución ha sido la legislativa, que creó nuevos derechos sociales.

No esperéis el triunfo del puñal y de la encrucijada, no os atengáis a las tinieblas, no os embosquéis, no os protejáis en las sombras: trabajad a plena luz; los demócratas en México estamos sentenciados a vivir como los labradores: con el sudor de nuestra frente.

Royer Collard decía a sus contemporáneos: "Queréis que la Nación os llame? Abrazad su causa. Defended el derecho contra el privilegio. La confianza es el verdadero lazo de las sociedades. Estudiad lo que atrae a esta nación, lo que la repugna, lo que la tranquiliza, lo que la inquieta; en una palabra: ¡realzadla! ¡sed populares!"

Pero, ¿cómo habréis de lograrlo si os quitáis la toga venerable y os cubrís la cara proterva con el antifaz del bandido?

No temáis al triunfo del verdadero pueblo; no os espantéis de tener encima a los astros; siempre conservaréis vuestro lugar; no se llega sino a lo que se es. Cuando os hayáis cubierto los ojos con vuestras manos, el sol seguirá brillando.

Los hombres son pasajeros; son la hoja que cae, la flor que se marchita, el día que se extingue; ¡sólo el Ideal es eterno!

¡Si supiérais la fuerza que da servir al Ideal!

Le Tomamos la Palabra, Mr. Wilson

El Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, ha sostenido en su mensaje al Congreso Americano, los siguientes postulados:

"Que el precio de la paz entre los pueblos, es la justicia y la imparcialidad.

"La Justicia que deberá hacerse en todas partes y para todas las naciones.

"Que ninguna nación o pueblo debe ser robado o perseguido.

"Que debe existir esta fórmula: No anexiones, no contribuciones, ni indemnizaciones punitivas.

"Que todas las naciones del globo tienen derecho no solamente al libre tránsito por los mares, sino a su acceso a ellos sin ser molestadas en lo más mínimo.

"Que pelean los Estados Unidos porque en lo sucesivo, en el mundo, no haya ninguna amenaza hacia la existencia o la independencia de alguna nación.

"Que el resultado final de la guerra debe ser el triunfo de la legalidad.

"Que la hora suprema en la historia del mundo ha sonado y los ojos del pueblo están ya muy abiertos y ya ven."

Y nosotros, que hemos tenido siempre la viril franqueza de nuestras convicciones, aplaudimos sin reservas los elevados y humanitarios conceptos del Presidente americano, que a despecho de toda Europa no quiso escribir a Huerta como lo hiciera Guillermo II, diciéndole: "mi grande y buen amigo"; oímos de nuevo con regocijo la palabra de aquel profesor de Princeton que, asediado por los millonarios de Wall Street y urgido por los grandes especuladores cosmopolitas a que interviniera en México, respondió que su misión en la presidencia de aquel gran pueblo, no era la de convertirse en un instrumento de la autocracia del dinero; que estaba allí para servir a los ideales de la humanidad.

Encontramos otra vez al Wilson demócrata, de la paz de los libros, de la paz de las ideas, de la paz en las acciones, el mismo hoy, cuando Tío Sam, armado de todas armas, compromete su riqueza acumulada en décadas fecundas, sus enormes millonadas, producto de abejuna y constante labor; cuando la juventud americana es separada de talleres y fábricas para morir en las trincheras; cuando la ira, el odio, la brutalidad de la guerra, podían pesar sobre su cerebro y entorpecer su lengua.

Si alguna ocasión fue solemne de plena solemnidad para la tierra del severo Guillermo Penn, del austero Jorge Washington y del idealista Abraham Lincoln, es esta azarosa época que tocó en suerte a Woodrow Wilson.

Nosotros, vecinos del coloso; por débiles aquí y fuertes allá; por pobres nosotros y ricos ellos, sentimos y seguiremos sintiendo luengos años, la desconfianza y el temor, el recelo y la duda, y cuando podemos como

ahora, recoger la autorizada promesa, el místico juramento hecho "bajo la mano de Dios que descansa sobre todas las naciones de la tierra," y cuando su autor representa al pueblo americano y confía en que en esta obra "lo iluminará y ayudará el Hacedor Supremo," nosotros le tomamos la palabra; nosotros escribimos los conceptos del Presidente Wilson sobre una tabla de honor y bajo un índice de fuego que ha de brillar eternamente ante las próximas generaciones.

Y aparte de las condensaciones ya hechas, cuántos hermosos conceptos en aquel documento tan lírico como político.

Hablen así; pero obren de igual manera los grandes de la tierra, que ante la Justicia como única idealidad y el Derecho de todos a vivir como suprema aspiración colectiva; la absurda preponderancia de la Fuerza avasallándolo todo, tendrá su crepúsculo definitivo.

Hablen así; pero obren consecuentes con su dicho, los que representan en una sola voz la de cien millones de seres; y el reinado de la Injusticia y las victorias del Crimen, serán imposibles en las épocas venideras.

Hablen así; pero obren imperturbablemente los que pueden poner el Bien en acción, consuelo de los débiles y enérgico moderador de los poderosos.

Nosotros, como mexicanos demócratas, recibimos una gran satisfacción con la lectura del mensaje de Wilson, y desde las columnas de nuestra humilde hoja, decimos al gran prócer: le tomamos la palabra, Mister Wilson.